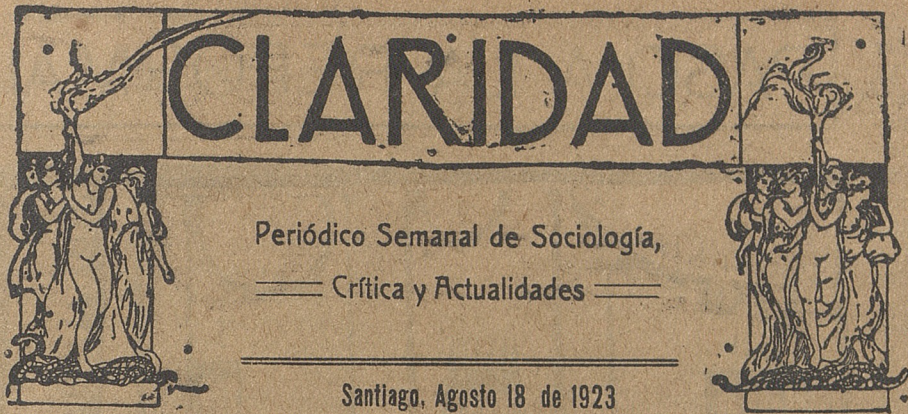


"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

DE LA ACTUALIDAD AMERICANA

CUESTIONES DOCTRINARIAS

LA CONFABULACION DE LA MENTIRA

La cuestión de los armamentos ha movido las aguas turbias del pantano político y periodístico de Ibero-América. Los decantados forjadores de la opinión pública se agitan, cuchichean, deforman los hechos y, dando proyecciones exorbitantes al ambicioso interés de unos pocos, pretenden robustecarlo, haciendo converger a él un interés general o patriótico que no existe, ni probable, tampoco, que en honradez de verdad exista jamás.

Los gobiernos del Atlántico van acumulando, día día, elementos de tempestad. Brasil y Argentina vinieron a la Conferencia de Santiago con un férreo e invariable propósito de política exterior. Tenían que fracasar las proposiciones de desarme. Esos propósitos antinómicos chocaron. La luz que dieron reveló planes ocultos hasta entonces, consecuencias próximas o lejanas de evidente peligro. Después, Argentina y Brasil ha seguido disculpándose, el uno con la actitud del otro. ¿Por qué se arma Brasil? Porque Argentina se arma. ¿Por qué se arma Argentina? Porque Brasil se arma. Ambos gobiernos se mueven en un círculo vicioso. Las insinuaciones platónicas a la concordia, a la continuidad solidaria de la historia continental, nada podrán frente a la excepcional importancia que cada "potencia" se atribuye. De adentro viene el mal, de los estadistas de cada país. El principio de reacción está, también, en ellos mismos. Se llama: el pueblo. Hay que decirle a los pueblos la verdad, toda la verdad. Más, he aquí que los que pueden decirlo no quieren decirlo. ¿Quién podrá detener el avance torvo y seguro de la mentira corruptora?

Estas fuerzas del mal son las únicas que, con persistencia, se manifiestan. Esto nos está demostrando la venalidad, el bajo utilitarismo de los grandes diarios y de los publicistas. El periodismo no acompañado de una honda y acertada comprensión de los ideales y los hechos constituye un poderoso elemento negativo en la formación de una conciencia colectiva. Manaja como hoy—hablando, naturalmente, en general—por los ineptos, por los de moralidad precaria y acomodaticia, por los que bota la ola de medianía intelectual, es, fuera de duda, un agente trasmisor de conceptos nocivos, de intenciones deleznales, de sugerencias siempre conducentes, o casi siempre, a tér-

minos de vergüenza y de tragedia. Lo estamos viendo, como nunca, ahora, entre nosotros, en América.

Vemos que abundan los editoriales desbordantes de insinuaciones solapadas; en todos los tonos, se habla de imperativos nacionales, de la urgencia de medidas precautorias; poetas de nombradía ocupan la tribuna para sembrar la saludable inquietud xenófoba. Esto es de lamentar, pero ya no nos sorprende. La pluma al servicio del sable de la agresión o de la tiranía es algo común entre los pululantes portaliras de América. Aquí hay literatos a quienes sólo falta la dignidad para ser grandes. Bien conocemos a muchos que la han dejado mancillada, en piltrafas, por ahí, en los capitolios rústicos, a los pies de esos déspotas grotescos y bárbaros que se eternizan sobre la pereza sumisa de los indígenas del trópico. Otros, en la actualidad, comenzarán a amplificar el error, envenenarán el criterio público con el absurdo de supremacías imposibles o inaceptables, incitarán, usando de los mil medios que les proporciona el talento y el prestigio, viejo deseo de dominio y el orgullo inicuo que laten bajo la simpleza de la conciencia democrática.

En cambio, acaso ninguno diga la palabra necesaria. La verdad salva. Es urgente gritarla, insistir en ella, hacerla alma en la juventud que aun no ha perdido el brío de la admiración y la voluntad de la protesta. No son posibles contiendas armadas en América. Todas nuestras guerras han tenido la fiereza implacable, el vigor de odio de las guerras civiles. Y eso han sido y no otra cosa: guerras de hermanos, choque de banderías lugareñas, nunca choques inevitables de nacionalidades en expansión. Porque hay una sola nacionalidad Ibero-Americana, como hay una sola epopeya republicana en América. Ya han gritado esto desde Bolívar hasta Martí y Rodó, todos los estadistas verdaderos y los grandes pensadores del Continente. Sin embargo, se está vigorizando en los Estados del Atlántico una política abiertamente en pugna con el sentido ideal de nuestra historia, y con el sentido práctico que señala una acertada comprensión de la utilidad de todos.

Eugenio GONZALEZ R.

EL LIBRE ACUERDO ANARQUISTA

El anarquismo es una doctrina y una vida que está enteramente contenido en estas dos palabras: Libre acuerdo.

La primera resume la doctrina y la segunda la vida.

El razonamiento, la historia y la experiencia, estas tres abundantes fuentes en las que el hombre agota todas las verdades de que está sediento, nos han llevado a la condenación de todas las sociedades que practican el régimen autoritario y a la necesidad de hacer reposar todo el régimen social sobre la libertad.

*
* *

La revolución se ha realizado; la autoridad fué reducida a la nada; se trata ahora de vivir en libertad. Hemos destruido, nos es preciso reconstruir.

Gentes medio locas (no puede calificarlas de otro modo) peusan en un acoplamiento de los dos principios contradictorios de libertad y de autoridad. Soñaban con asegurar la libertad por la autoridad, como si hubiese sido posible que la autoridad diese nacimiento a la libertad. Con una lógica implacable, los anarquistas combatieron esta insensatez y lograron hacerla abandonar a los que la sostenían. Estos últimos acabaron por reconocer que esas dos cosas tan contradictorias no podían penetrarse mutuamente, puesto que se excluían, que por consiguiente, la autoridad social no puede dar nacimiento a la libertad individual; que de la libertad individual no puede surgir la autoridad social.

Estando la ausencia del principio de autoridad bien y definitivamente establecida, no se trataba más que dar al principio de libertad una realidad viviente y concreta.

¿Cómo resolverlo? No había que pensar en recurrir a la fuerza, a la violencia, a la coacción,—formas diversas de la autoridad—sino a la dulzura, a la persuasión, a la razón formas múltiples: de la libertad.

Se adoptó, pues, la razón.

Pero era aún necesario que la razón se impusiese por sí misma, en virtud de su propia fuerza, por el sólo ascendente de su prestigio y no por amenazas o sanciones.

Se investiga, se experimenta, se compulsa, se interrogan los resultados de los diversos métodos de

aplicación. El acuerdo aparece, se presenta, se recomienda por sus resultados y gana las voluntades.

El ejemplo de la naturaleza está ahí: elocuente y demostrativo. Todo se armoniza por el acuerdo libre y espontáneo, por afinidades y caracteres comunes entre individuos o unidades de la misma especie: los infinitamente pequeños, especie de polvo, se buscan, se atraen, se aglomeran y forman núcleos; estos núcleos, a su vez, se buscan se atraen, se aglomeran y forman organismos; estos organismos se buscan, se atraen, se aglomeran y forman otros organismos más y más vastos.

Se hace el ensayo de este método tomado al orden natural, un ensayo leal y lealmente condicionado. Este ensayo es repetido; los resultados, aplicados al orden social, son satisfactorios; el ensayo es difundido, aplicado a masas más numerosas; sale vencedor de esta prueba, triunfa y es finalmente adoptado.

Este es el método del acuerdo libre y espontáneo. La más pequeña unidad, el individuo, busca, atrae a los otros, se aglomera con éstos en un primer núcleo y forma la comuna. Las comunas a su vez se buscan, se atraen, se aglomeran, y forman un organismo más extenso: la región. Las regiones a su vez se buscan, se aglomeran y forman una organización más vasta todavía y más compleja: la nación.

Acuerdo entre los individuos y las familias que constituyen el núcleo comunal; acuerdo entre las comunas que constituyen el organismo regional; acuerdo entre las regiones que constituyen la organización nacional; acuerdo de abajo a arriba, en todos los grados; acuerdo por doquier.

El día en que todas las naciones vivan en comunismo libertario, se buscarán necesariamente, fatalmente, se atraerán, se aglutinarán y formarán un inmenso organismo internacional que las reunirá a todas.

Será eso la realización mundial de la libertad de cada uno por el acuerdo entre todos.

Porque no hay que perderlo de vista; no es ya como antes, la organización es más vasta: la organización central, la que por vía de absorción, de anexión, de coerción, implicaba la opresión de los organismos intermediarios y de los núcleos para llegar al aplastamiento

La Confabulación De La Mentira.

La cuestión de los armamentos ha movido las aguas turbias del pantano político y periodístico de Ibero-América. Los decantados forjadores de la opinión pública se agitan, cuchichean, defor-man los hechos y, dando proyecciones exorbitantes al ambicioso interés de unos pocos, pretenden rebustecerle, haciendo converger a él un interés general e patriótico que no existe, ni probable, tampoco, que en honra de verdad exista jamás.

Los gobiernos del Atlántico van acumulando, día a día, elementos de tempestad. Brasil y Argentina vinieron a la Conferencia de Santiago con un férreo e invariable propósito de política exterior. Tenían que fracasar las proposiciones de desarme. Esos propósitos antinómicos chocaron. La luz que dieron reveló planes ocultos hasta entonces, consecuencias próximas e lejanas de evidente peligro. Después, Argentina y Brasil ha seguido disculpándose, el uno con la actitud del otro. ¿Per qué se arma Brasil? Porque Argentina se arma. ¿Per qué se arma Argentina? Porque Brasil se arma. Ambos gobiernos se mueven en un círculo vicioso. Las insinuaciones platónicas a la concordia, a la continuidad solidaria de la historia continental, nada pedran frente a la excepcional importancia que cada "potencia" se atribuye. De adentro viene el mal, de los estadistas de cada país. El principio de reacción está, también, en ellos mismos. Se llama: el pueblo. Hay que decirles a los pueblos la verdad, toda la verdad, más, he aquí que los que pueden decirlo no quieren decirlo. ¿Quién podrá detener el avance torpe y seguro de la mentira corrupta?

Estas fuerzas del mal son las únicas que, con persistencia, se manifiestan. Este nos está demostrando la venalidad, el bajo utilitarismo de los grandes diarios y de los publicistas. El periodismo no acompañado de una honda y acertada comprensión de los ideales y los hechos constituye un poderoso elemento negativo en la formación de una conciencia colectiva. Manejados como hoy- hablando, naturalmente, en general- por los ineptos por los de moralidad precaria y acomodaticia, por los que beta la ola de medianía intelectual, es, fuera de duda, un agente transmisor de conceptos nocivos, de intenciones deleznable, de sugerencias siempre conducentes, e casi siempre, a términos de vergüenza y de tragedia. Lo estamos viendo, como nunca, ahora, entre nosotros, en América.

Vemos que abundan los editoriales desbordantes de insinuaciones selapadas; en todos los tonos se habla de imperativos nacionales, de la urgencia de medidas precautorias; poetas de nombre ocupan la tribuna para sembrar la saludable inquietud xenófoba. Este es de lamentar, pero ya no nos sorprende. La pluma al servicio del sable de la agresión e de la tiranía es algo común entre los pululantes portulacas de América. Aquí hay literatos a quienes sólo falta la dignidad para ser grandes. Bien conocemos a muchos que la han dejado mancillada, en piltrañas, por ahí, en los capitolios rústicos, a los pies de esos déspotas grotescos y bárbaros que se eternizan sobre la pereza sumisa de los indígenas del trópico. Otros, en la actualidad, comenzaran a amplificar el error, envenenaran el criterio público con el absurdo de supremacías imposibles e inaceptables, incitarán, usando de los mil medios que les proporcionan el talento y el prestigio, viejo deseo de dominio y el orgullo inicuo que laten bajo la simpleza de la conciencia democrática.

En cambio, acaso ninguno diga la palabra necesaria. La verdad salva. Es urgente gritarla, insistir en ella, hacerla alma en la juventud que aún no ha perdido el brío de la admiración y la voluntad de la protesta. No son posible contiendas armadas en América. Todas nuestras guerras han tenido la fiera implacable, el vigor de odio de las guerras civiles. Y eso han sido y no otra cosa; guerras de hermanos, choques de banderías lugareñas, nunca choques inevitables de nacionalidades en expansión. Porque hay una sola nacionalidad Ibero-Americana, como hay una sola epopeya republicana. Ya han gritado esto desde Bolívar hasta Martí y Rodó, todos los estadistas verdaderos y los grandes pensadores del Continente. Sin embargo, se está vigorizando en los Estados del Atlántico una política abiertamente en pugna con el sentido ideal de nuestra historia, y con el sentido práctico que señala una acertada comprensión de la utilidad de todos.